

¿Justicia contra misericordia?

SERENADAS ya las aguas del miniterremoto informativo que tuvo como epicentro la muerte y el entierro de Teresa de Calcuta, es tiempo de recoger y analizar la resaca de opiniones depositada en la playa mediática sobre esta mujer y su obra.

Lo primero que aparece en la opinión publicada es la controversia, que no coincide con la opinión pública, volcada unánimemente en la canonización en vida de «la santa de los miserables». La admiración y el fervor populares desatados alrededor de la religiosa albanesa consagrada a los más desheredados no dejan lugar a dudas: la trayectoria de esta mujer a los pies de los inválidos y a la cabecera de los moribundos abandonados ha merecido el visto bueno general de las gentes. Pero, ante este plebiscito popular incuestionable, la opinión de los que tienen acceso a los medios de comunicación se ha diferenciado hasta la contradicción.

Panegiristas de la M. Teresa

DESDE las columnas de los periódicos, se ha llamado a Teresa de Calcuta «un líder

del siglo XX», «un evangelio viviente», «un símbolo de los mejores sentimientos que anidan en el corazón de la humanidad», «la actualización del buen samaritano», que «ha hecho sentir a los derrotados de la vida la ternura de Dios», «la pequeña santaza», «un regalo de Dios a la Iglesia y al mundo», «mujer de férrea ternura», «una interpelación permanente para un mundo herido de insolidaridad». Por eso, «para nuestra cultura vigente, inclinada a medir el valor de las personas por su utilidad, resulta casi escandaloso el amor de la Madre Teresa por los seres humanos más inútiles»...

Pero no han sido sólo los que tienen acceso a la pequeña pantalla o al papel impreso quienes han panegirizado a la religiosa que hizo de las cloacas de Calcuta «la ciudad de la alegría». En vida y muerte de esta mujer singular se han volcado los poderosos de la tierra: antes que las primeras damas y las máximas autoridades de numerosos países, asistiendo a su funeral de Estado, mandatarios y potentados de diversa índole la han asistido económicamente, y los organismos que han premiado su persona y su obra con sus galardones suman ochenta, hasta otorgarle en 1979 el Nobel de la paz.

En el plano religioso, no sólo los jerarcas de la Iglesia católica se han deshecho en alabanzas a «la Teresa número tres», con voces al más alto nivel preparando el camino de su rápida elevación a la gloria de Bernini.

También representantes de otras religiones quisieron sumarse al elogio de la religiosa con motivo de sus honras fúnebres.

Detractores de la M. Teresa

JUNTO a este coro de laudes, se han detectado opiniones críticas y hasta ácidas a la famosa religiosa de Calcuta. Así, se la ha tachado de paliar los últimos efectos de la injusticia, sin atacar sus fuentes

estructurales; de colaborar por omisión con los causantes de las miserias; de limitarse a labores asistenciales, sin levantar la voz ni la mano en pro de la justicia social.

«Nunca pretendió transformar en sus orígenes la espantosa miseria que paliaba», «recibió severas y justas críticas por su conservadurismo y hasta reaccionarismo social», «sin duda hay en el mundo miles de mujeres mucho más heroicas que Teresa de Calcuta», «sus métodos sanitarios eran primitivos» y hasta «corría por el mundo entero detrás de los fotógrafos»...

A esta lista de reproches del mundo agnóstico, se han sumado también algunos creyentes. «Lejos de incordiar a los poderosos, les hizo el trabajo sucio de limpiar las heces que el capitalismo salvaje arroja a los arrabales de tantas Calcutas como hay en el mundo». Mientras ella afirmaba: «No somos asistentes sociales», otros la acusan de asistencialismo, de hacer obras de caridad.

Más aún, hay quienes reprochan a sus panegiristas, sin excluir a la Iglesia oficial, una toma de postura partidista o interesada. Son los que se preguntan por qué se pretende elevar rápidamente a los altares a Teresa de Calcuta, virgen de la caridad, y no a Mons. Romero del Salvador, mártir de la justicia, ni al buen Juan XXIII, el Papa impulsor del Vaticano II, el mayor acontecimiento religioso del siglo XX.

El fondo del problema

CREEMOS que con estas posturas exclusivistas se ha polarizado la auténtica cuestión de fondo, sin resolverla. Quienes apuestan por Teresa de Calcuta como el paladín de la Caridad **versus** la Justicia pecan de parcialidad en la postura cristiana y simplemente humana ante los problemas que aquejan a la humanidad. No se puede caer en la tentación de oponer la necesidad de «dar un pescado» a quien tiene hambre a

la conveniencia de «darle una caña» para que pesque. Eso sería consagrar la injusta situación actual de los que tienen todos los recursos del mundo sin poner los medios para que los que carecen de ellos puedan valerse un día por sí mismos.

Pero también pensamos que son parciales quienes condenan a la Madre Teresa como la antítesis de la Justicia *versus* la Caridad, porque no tomó el justicialismo como bandera. Los que enarbolan el eslogan «Sólo justicia» se olvidan de que una justicia sin amor deja por el camino a ingentes cifras de marginados sociales.

ES significativa la anécdota que narra Köstler (en «El yogui y el comisario») sobre un congreso de escritores comunistas que cantaban las excelencias del mundo colectivista. Malraux exclamó: «¿Y el hombre que es aplastado por un tranvía?» Tras un largo y penoso silencio, alguien respondió: «En un sistema de transportes perfectamente socializados no habrá accidentes». Pero sí los habrá, si no por defecto de las máquinas, al menos por fallos humanos. Y ¿quién se hará cargo de todos esos accidentados, sidosos, drogatas, alcohólicos, moribundos, tarados, marginados y un largo et céteri? Más aún, ¿cómo aplicar los criterios de estricta justicia social, si no hay amor en el corazón?

Por eso, la solución al problema de la injusticia social no radica en una actitud alternativa de Caridad o Justicia ni viceversa, sino en un talante inclusivo de Justicia y Caridad. Si un justicialismo sin amor conduce a la marginación de los peor situados, un asistencialismo caritativo sin justicia renuncia a poner coto a las desigualdades inhumanas.

Para avanzar en el camino hacia una sociedad más solidaria hacen falta ambos pies: el de la justicia y el del amor; no se puede renunciar a ninguno de los dos, so pena de caminar cojos y no llegar a la meta. No todos

pueden hacerlo todo, pero sí todo debe hacerse entre todos.

El primer paso es el reconocimiento mutuo de que necesitamos los dos remos para llegar a buen puerto y no dar vueltas alrededor. El segundo es reconocer la labor complementaria de los que manejan el otro remo: los del amor, que aprecien a los justicialistas; los de la justicia, a los embarcados en obras de caridad. No hay que ser maniqueos. No hay que restar, sino sumar. Todos somos necesarios. Hacen falta los pensadores y profetas que demuestren y denuncien la injusticia de una sociedad fundada en un capitalismo salvaje, y los políticos y profesionales que busquen fórmulas de una alternativa económica y social más justa; y hacen falta los buenos samaritanos que atiendan con amor a los viajeros que son asaltados, maltrechos y yacen medio muertos en las cunetas de la marginación.

Es verdad que el capitalismo ha utilizado la acción misericordiosa de la Madre Teresa para derramar unas lágrimas de cocodrilo por las miserias del mundo; pero a pesar de ello, el gesto de la religiosa de Calcuta conserva toda su validez. Como el de tantos otros miles de bienhechores anónimos que nunca serán utilizados porque no son famosos.

POR lo que atañe a la Iglesia, en su opción preferencial por los pobres ha de mantener ambos frentes de acción: promover la justicia como una dimensión esencial de la fe y practicar la misericordia y el amor; sanear las estructuras injustas, y atender a los que yacen en las condiciones más miserables, como hizo Teresa de Calcuta.